

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 70 AÑO 2009

TEMA 3: OBRAS – 3.6: TETRALOGIA. DER RING DES NIBELUNGEN

TÍTULO: **TEATRO REAL: “LA WALKYRIA” (“El Mundo” 14 de febrero de 1909)**

AUTOR: *Manuel Manrique de Lara*

La representación de las obras wagnerianas por cantantes alemanes ofrece para mí un enorme interés. Ellos son, sin duda depositarios de una tradición que perpetúa el pensamiento del Maestro, y por ellos llega aquél hasta nosotros, al menos en la intención dramática tal como por el músico poeta fue concebida.

Los cantantes italianos, los que han formado la educación artística de los españoles en lo que al cultivo de la voz concierne, son sin duda más perfectos en su técnica, más esmerados en cuanto se refiere a la emisión. Mas para ellos, en general, el arte de cantar es más bien producir efectos acústicos refinados y primorosos, que sentir la impresión poética de la palabra, traduciéndola intensamente en una acción dramática. El público, en su mayor parte, tampoco persigue otras emociones que aquellas que se desprenden de la acción mecánica de la voz sobre sus sentidos, y da más importancia que a la expresión a un acento formidable largamente sostenido en la región aguda o a un grupeto ejecutado con transparencia y rapidez, o bien a una cadencia en que la frase se pierde tenuemente en una nota diestramente filada. Y tras este preciosismo de lo que es sólo externo, llegamos todos a olvidarnos de que la melodía sólo presta un acento prosódico, siquiera sea ideal e insólito a la palabra, y que esta tiene una significación y tiene un alma expresiva y poética.

La voz de los cantantes alemanes (y claro es que en esta generalización no me refiero a ninguno determinado) es ruda, tiene asperezas que riñen con nuestros hábitos, acentos que en determinados momentos hieren nuestros oídos. Mas también hay que confesar que en su arte hay algo espontáneo, algo fuerte y avasallador. Algo que arranca de tan hondo y que aparece tan convencido, que no puede por menos de interesar y de sorprender a quien escuche libre de prejuicios y con ingenua espontaneidad abra su alma a las impresiones que tienen su origen en el arte.

Además, en las obras de Wagner que siguieron a “Lohengrin”, los cantantes tienen otra misión que la de cantar líricamente. En ellas apenas se encuentra algún fragmento en que la efusión lírica se traduce en una melodía ampliamente

desarrollada y confiada a la voz. El alma de la obra, la virtualidad del pensamiento que la creó, reside en la orquesta, donde aparece el engranaje melódico de toda su lógica belleza, en toda la magnificencia de que le reviste el admirable ropaje instrumental. El cantante, sometido al pensamiento del compositor y oscurecido por él, sólo tiene la misión de declamar acentos, de proferir palabras, de articular movimientos, donde hallen explicación los amplísimos períodos orquestales, por los cuales llegue al público, con la aclaración de tal clave, la intención poética.

\*\*\*

Desde este punto de vista la representación de anoche me pareció sencillamente admirable.

No hay para que volver a analizar aquí detalladamente la labor realizada por Walter Rabl al frente de la orquesta. La primera vez, que hace un año, dirigió en Madrid “La Walkyria”, le dediqué un largo artículo en donde procuré aquilatar sus altos méritos. En la presente temporada también he tenido la ocasión de tributarle los más calurosos aplausos. Baste, pues, decir que anoche se renovó en el público el gran entusiasmo que en anteriores ocasiones produjo su trabajo y que al final del primer acto salió él solo a recibir sobre el placo escénico una ovación estruendosa y unánime, reproducida al concluir los otros actos para premiar su labor y la de los artistas que con gran fortuna había cantado la obra.

Tampoco precisa en la ocasión presente decir de nuevo que la señorita Kempré lució una vez más su voz fuerte y timbrada, interpretando con talento la parte de Sieglinda, que la señora Lucacewska encarnó a la perfección la Fricka vengativa y austera, y que el Sr. Verdaguer fue, como siempre, esmerado intérprete de Hunding.

Respecto del excelente barítono Sr. Schutzendorf baste recordar el triunfo, anoche renovado, que obtuvo en Madrid durante la anterior temporada, cantando igualmente “La Walkyria” en compañía de la señorita Senger. El prestigio dramático, la solemnidad en el ademán y en la expresión, la voz poderosa, son los atributos del arte del señor Schutzendorf fueron por el manifestados de nuevo con intenso relieve. Sea bien venido el noble artista, llamado este año a darnos a conocer la versión

alemana de determinados papeles en el “Siegfried” y en el “Crepúsculo de los Dioses”.

\*\*\*

La señorita , Guszalewicz, desde sus primeras frases en el comienzo del segundo acto, conquistó por completo el favor del público, que la saludó con un aplauso unánime. Su voz es, sin duda, una de las más fuertes y potentes de que podrá envanecerse artista alguna. En la región aguda, su timbre claro y vibrante, sobresale sobre la masa orquestal como una línea luminosa, y en el grave resuena igualmente de un modo intenso. Además, en la dicción hay tal vehemencia, en el gesto tal expresión, en los ademanes tal majestad, que la señorita Guszalewicz persuade de que así pudieron ser y así debieron sentir las diosas de la mitología escandinava. En su voz adivinábamos la hosca fiereza de las vírgenes desconocedoras del amor y nacidas solo para el combate en las montañas abruptas. En la rebelión contra su padre parecía seguir un impulso inevitable de su propio ser, y hasta en el acto mismo de su sumisión, cuando la hija se prosterna ante el dios ofendido que la desposee de su naturaleza divina, no hablaba el lenguaje de humildad.

El triunfo que anoche obtuvo la señorita Guszalewicz fue enorme e indiscutido. El público, desde su aparición, supo apreciar su mérito, y la actriz, igualmente que la cantante, fue por todos celebrada y aplaudida.

\*\*\*

Menos afortunado fue el tenor Forchhammer. El público español, desorientado ante su método de canto, no pudo apreciar lo que en él había sin duda de excelente y plausible. Muchos alemanes, amigos míos, que había en el teatro, me hablaban con admiración de su voz fuerte, voluminosa, como si fuese de barítono en el registro grave, enorme igualmente en las notas agudas, y constantemente caldeada por un noble acento dramático.

Yo confieso que de muy buena gana me olvido de unos cuantos acentos que en el transcurso de la representación pudieran parecerme poco agradables, con tal que

ante mi ojos adquiriese tan intenso relieve el drama mismo a través del juego escénico de un actor notabilísimo, y que, en general, canta también con acentos viriles y potentes.

En una obra como “La Tosca”, donde nada hay fuera del talento que el cantante pueda poner en su interpretación, claro es que nada queda si el tenor no hace primores con su voz al interpretar la romanza del último acto, pero en “La Walkyria”, donde tanta y tanta hermosura hay que admirar, me parece un punto de vista completamente equivocado el que se adopta para suponer que unos cuantos acentos estridentes, como los llamaría el Sr. Cambó, pueden destruir o atenuar siquiera la belleza admirable del conjunto.

**NOVEDAD DISCOGRAFICA**

**MANUEL MANRIQUE DE LARA**

**Obra sinfónica completa**

**Orquesta Filarmónica de Málaga. Director José Luis Temes.**

**La Orestíada. Trilogía sinfónica 1891/94 (38,30 minutos)**

- I. Agamenón (13,23)**
- II. Las Coéforas (12,00)**
- III. Las Euménides (13.20)**

**Sinfonía en mi menor 1892 (40 minutos)**

- I. Maestoso. Allegro ma non troppo (13.32)**
- II. Andante (10,00)**
- III. Scherzo (7,40)**
- IV. Allegro molto agitato**

**Primera grabación mundial. Obra sinfónica completa**

**Ref. Verso VRS 2054**